

“La infancia en cuestión: Dibujar, pintar, jugar. Resonancias de la sensibilidad en escena”

“La sensación está en el cuerpo y no en los aires. Lo pintado es la sensación... Así como la fuerza de la música debe hacer sonoro lo insonoro y la fuerza de la pintura visible lo invisible... ¿Cómo pintar o hacer que se oiga el tiempo? Pintar la sensación es esencialmente ritmo.: “Gilles, Deleuze. “Lógica de la sensación”

Walter es un niño de siete años que ha sido diagnosticado como trastorno del espectro autista (DSM-5. 299.0 F84.0). El informe afirma: “Da la impresión clínica de aislamiento y desconexión. Se indica más de veinte horas semanales de tratamientos en la casa y en los consultorios. Un trabajo estricto a partir de, confección de agendas, rutinas y el armado de calendarios (diarios, semanales y mensuales) que anticipan diariamente la tarea que debe realizar y llevar a cabo. Ante este diagnóstico y tratamiento conductual, los padres preocupados, desbordados y angustiados, realizan la consulta. Al intentar controlar, clasificar y dominar la experiencia y las conductas de Walter, nos preguntamos: ¿Es posible dominar, determinar y proyectar todo lo que debe realizar un niño durante cada día, semana y año?, ¿Se puede controlar metodológicamente, anónimamente el desarrollo psicomotor, la experiencia infantil de un pequeño con problemas en el desarrollo y la estructuración subjetiva?. Si se organiza y ordena objetivamente la actividad de los chicos, ¿Cuándo pueden jugar y aparecer como un sujeto deseante?

Walter con sus siete años se despide de la mamá, la saluda, le da la mano y juntos abrimos la puerta y corremos al ascensor. Alegremente, subimos y vemos quien aprieta primero el botón número cinco. Mientras se va elevando, espontáneamente jugamos a tocar las manos del otro, que trata de esquivar y no dejarse tocar. El placer de sentir placer, contorna la escena. Abro la puerta del consultorio, Walter corre a buscar los marcadores, se sienta frente a la pizarra, entusiasmado comienza a dibujar un sol y grita: “Vos la luna”, espera que llegue. Tomo un marcador verde y la dibujo, él desde el sol, hace una línea que engloba a la luna, mira la pizarra y exclama: “Estás atrapado”, respondo: “No, no voy a dejarte”. Al mismo tiempo que lo afirmo, dibujo un escudo protector de forma rectangular y digo: “Jaja, ahora no podrás atacar, tengo una defensa”...Walter responde: “Nooo”...toma el marcador negro y...comienza la lucha de líneas, colores, rayas, formas y figuras que se entrecruzan, fusionan y convergen en un entretejido sensible que se genera y produce en el acto de dibujar jugando con otro. Circula en red el placer del deseo, el goce de compartir juntos una escena convocante, espejos de pensamiento e imágenes imposibles pero reales, fantásticas en tanto ficcionales. Sin duda inventamos una realidad irreal, una experiencia afectiva potente que nos conmueve y afecta.

Al terminar la “lucha de marcadores, trazos y colores”, Walter agarra el borrador, borra todas las líneas, cambia la postura, escribe y dice: “Fútbol”, dibuja dos personas, una Walter y otra Esteban, coloca en el medio una pelota y la palabra contra, deja de mirar la pizarra y exclama: “Vamos a jugar al fútbol y anotamos los goles”...“Siiii”, alcanzo a decir y nos lanzamos a preparar los arcos, las áreas, el espacio para jugar está disponible. Walter, agazapado, acomoda la postura y pateo, grita: “Golll” y corre a anotarlo en el pizarrón. Esteban se lamenta, Walter festeja, se ríe con picardía, espera el tiro que nos reencuentra otra vez en la pizarra, de allí al campo de juego, a la invención en el espacio del entredós de la ficción en escena.

Walter tiene dificultades para hablar de lo que le pasa, no puede narrar una historia que a su vez lo narre, ni contar lo que hace en la escuela o el fin de semana en el club o tan siquiera en su casa. Puede leer, conoce las letras y accede fácilmente a la lectoescritura (escribe y lee muy bien), pero no accede a un sentido diferente, abstracto, simbólico que lo represente para otro, le cuesta relacionarse con los demás. Puede jugar a la pelota, hacer cuentas o nadar, pero sin historizar, o sea, sin que esa experiencia adquiera otro sentido que el prefigurado previamente. Siempre intenta reproducir la misma situación, permanece en ella, en una acción, un movimiento, un dibujo, que perdura en la inmovilidad.

Los primeros tiempos del tratamiento transcurrían en la quietud y fijeza que acabamos de describir. Luego de un tiempo, llega al consultorio, en el pizarrón había quedado dibujado por otro niño, una luna y un sol, cuando Walter ve los dibujos, toma un marcador y escribe encima de cada uno luna y sol. Correctamente, se queda mirando lo que escribió. Pasa unos minutos mirando la pizarra, como si estuviera congelado en esa posición. Ante ello, tomo un marcador y dibujo otro sol y otra luna, Walter mira y vuelve a escribir luna y sol, mira la pizarra, me mira y todo parece dilatarse ahí, en ese hacer sin variantes. La sensación se aplana y la figura queda en un significado pleno, luna y sol son solo eso, solitarios permanecen.

Pareciera que el impulso a dibujar pierde fuerza, se achata y extingue en la misma pizarra, en las rayas que conforman una figura, sol o luna. El tiempo rítmico se detiene en la inercia de una pasmosa desolación, el espacio de la pizarra se completa y fusiona concretándose en las líneas que cada vez más pierden brillo, aquietándose en las letras que nombran el inerte dibujo. Los trazos dibujados pierden vida, el ritmo se lentifica hasta disiparse en letras que se fijan a una idea fija, estática, pura presencia en lo real de sí misma. La luna y el sol, los trazos y las letras se acoplan aun sentido codificado, unívoco, resisten cualquier transformación. ¿Qué hacer frente al dibujo desolado de la luna y el sol?. Enumeremos algunas posibilidades: ¿Se trataría de enseñarle a dibujar para que aprenda a realizar otras figuras?, ¿Habría que proponerle que se exprese mejor o de otro modo?, ¿Tal vez interpretar lo dibujado con el objetivo que asocie o libere un sentido oculto?

Proponemos otra opción, riesgosa pero posible, introducimos en la experiencia del dibujo para, desde allí, relacionarnos con Walter, jugar dentro del grafismo implicaría no mirarlo desde afuera, sino entrar en la escena y el escenario que en la pizarra se estaba creando. ¿Cómo entrar en la complejidad de las letras, el dibujo, el diseño, que Walter nos proponía al completarse en la misma acción gráfica?

Miro a Walter, que me está mirando con el marcador en la mano, tomo otro marcador, me acerco a la figura de la luna y al mismo tiempo dibujo unas lágrimas, encarno el llanto lunar como si fuera ella. Durante unos minutos, se escucha el llanto de la luna que derrama lágrimas en la pizarra. Lo miro a Walter y le pregunto: “Ohh, ohh, ohh, ¿Por qué llora la luna?...Mirá las lágrimas que tiene”, instantáneamente, él mira el dibujo. Entonces, como luna afirmo: “Quiero hablar, jugar con el sol, estoy sola pero él no quiere, lloro por eso...el sol responde (cambio la prosodia y el tono de la voz), al unísono que hablo como el sol, dibujo una flecha en dirección a la luna y dice: “No, no quiero jugar con vos, no me molestes...”. Miro a Walter, él metido en la escena, grita: “Nooo” y dibuja otras flechas y rayas que tocan y atraviesan al sol.

El sol se defiende (dibujo un gran escudo), la luna dice: “Nooo, nooo” ...y tira rayas, líneas, se genera una lucha de marcadores, colores, puntos, rayas, que se fusionan en otras, a su vez, se entrecruzan, deforman y conforman un ritmo escénico diferente. La experiencia adquiere vida en tanto jugamos la pelea, los diferentes colores inundan la superficie las líneas como fuerzas y tensiones dramatizan y potencian afectos que afectan a la luna, el sol y a nosotros, que sin duda, estamos en la pizarra.

En un momento, Walter agarra el borrador y borra el sol, exclama: “Ohhh...desapareció el sol”. La intensidad y el ritmo se detienen, se crea una pausa que da lugar al silencio...tomo otro marcador y dibujo otros soles al decir...”Uyyy, uyyy, mamá y papá sol”...Walter, reacciona y recomienza la lucha, hace una raya de la luna hacia los soles, que los engloba y explota, escribe en un círculo que sale de la explosión: “Boomm, boomm, boomm”. Con otro marcador, dibujo un escudo que lanza flechas contra la luna. La experiencia escénica retorna a la intensidad de la pizarra. La luna llora y vuelve a atacar, con otros colores y rayas que rodean el sol. Aparecen planetas que, como personajes figurados, empeizan también a jugar esa batalla galáctica.

Marcados, transpirados, en plena lucha entre lunas, soles y planetas, se escucha, estridente, el timbre, Walter grita: “Noo, noo, noo, un poco más”, como era la hora, quedamos en seguir solo unos minutos más. Movemos los marcadores, cada vez con más fuerza, rápidamente surge hacer puntos como parte de nuevos ataques, la superficie se llena de colores y trazos hasta superponerse en la pizarra. Ahora sí, ya es la hora de finalizar y nos despedimos hasta el siguiente encuentro.

En las próximas sesiones continuamos haciendo historias a medida que dibujamos la pizarra. Walter al llegar, agarra los marcadores, hace dos círculos, los une y dibuja un auto, me mira y exclama: “Semáforo”, empieza a dibujarlo pero no encuentra el color amarillo, lo reemplaza por el naranja. Nos detenemos a mirar el dibujo, pues parecía que no pasaba más nada, sin mucha convicción, agrega un árbol. Las líneas se apagan, pierden brillo, movilidad, vida, el ritmo se lentifica. Nos miramos, el espacio transferencial del “entredós” sostiene la experiencia, estamos los dos con los marcadores frente al pizarrón, la superficie se aplanan, el tiempo, lento, exaspera la sensación que deviene pesadumbre, el impulso se pierde, el trazo aislado remite al marco de la pizarra. ¿Cómo generar otro ritmo?, ¿De qué modo recuperar el placer de crear, inventar una historia donde se juegue otra dramática, otro espesor escénico?

Los miro, demandante, procuro gestualmente tocar la sensibilidad que permanecía acorazada, expectante espero...una actitud, una postura, un cambio tónico-tensional, un leve gesto, para poder iniciar otra serie o alguna otra pista para intuir un desvío, un cambio de sentido...Walter, mirándome grita: “Guauu, guau, guau...” y lo escribe en la pizarra, rápidamente, dibujo una especie de perro, que al mismo tiempo dice: “Miedooo, miedooo”, Walter se ríe, vuelve a gritar: “Guauu, guau” y dibuja un nene que dice: “Ayy, ayy, ayy”...Ante ello, digo: “Pobre, lo mordió, uyyy”...Walter dice: “Ambulancia, ambulancia, ambulancia”. A continuación, hago el ruido de la sirena. Mientras Walter la dibuja, encarno al nene mordido y grito: “Ayy que dolor, gracias por llamar a la ambulancia, me va a curar. Ayudaa, ayudaa, ayudaa”, Walter dice y escribe: “No llores, no llores”.

Lo miro a Walter y le digo: “Doctor, hay que curarlo, le duele mucho”. En ese momento, toma el marcador naranja y pinta la zona de la pierna y la panza, contento dice: “Ya no te duele, te curé, estás contento, estás contento”. Toma otro marcador, hace un rectángulo, una casa, para proteger al nene. Pero, el perro se escapa (lo dibujo en un borde, detrás de la casa o escondido detrás de una raya). La pizarra potencia nuevos escenarios, afectos e ideas que se inventan en el ritmo de cada línea, movidos al compás de lo impredecible de la aventura que realizamos, al producirla en los trazos de la experiencia.

En un momento, el ritmo escénico lleva a dibujar el perro fuera de la pizarra, en un espejo que está próximo a ella, Walter mira como dibujo el perro, grita: “Nooo, el perro se escapó, el perro” y sale corriendo, se esconde, lo busco y al encontrarlo, sale otra vez corriendo, corremos juntos para que no nos muerda el perro, que había salido del pizarrón. Al hacerlo, voy dibujando distintos perros por el consultorio (en otra pizarra, en unos azulejos, en otros espejos del baño). Walter, entusiasmado, dice: “A buscar otros perros”, sonrío, me da la mano y ahora somos nosotros que, con dos borradores, tratamos de encontrar a los perros para borrarlos y hacerlos desaparecer. En un momento, cabio de voz y como un perro grito: “Guauu, guau, estoy escondido, no quiero que me borren, guau, guau, no me podés encontrar, guau, guau”, Walter responde: “Si Esteban, vamos a buscarlo”, con marcadores en la mano, salimos lanzados a buscar la nueva aventura.

En la experiencia escénica descrita, el acto de dibujar se transforma en un espejo con volumen y espesor topológico, no para mirarse o reflejarse, sino para introducirnos en él, en una superficie al crear e inventar la potencia del deseo de desear, trazando otra escena, en la cual, Walter se reconozca relacionándose con otro, jugando otra escena a medida que juega.

Al jugar dibujando, Walter puede anudar las palabras a los trazos, el dibujo enlaza el poder y la presencia sensible de la propia historicidad. Pinta un tiempo dramático, donde las figuras adquieren vida, se desfiguran, se mueven, viven. Escénicamente se suceden tensiones, fuerzas e intensidades que se modifican plásticamente al encontrarse con lo inesperado que el otro propone en el acto mismo de dejarse llevar por el placer de graficar historias. Son narraciones dibujadas en el candor y el ritmo de la experiencia. En ella, Walter se separa del cuerpo, se exilia del diagnóstico para meterse en el espacio de la pizarra, un “extra-cuerpo”, donde pasan las cosas más inverosímiles, pero por eso mismo, increíbles.

Es el sin sentido lúdico del dibujo de trazos lo que da lugar a una nueva figura sensorial, son sensaciones creadas entre líneas, colores y el trazo pero que van más allá de ellos. Justamente, en ese más allá, se juega el deseo y la aventura de desconocer lo que está pasando para que algo pase, claramente, se inventa lo imposible. La magia de la pizarra no está ni en la materialidad de ella, ni en los marcadores, ni siquiera en las líneas, los colores o en los puntos, sino, en la potencia del afecto que allí se genera.

Los trazos figurados pintan una historia, que historiza a Walter en el acto de crear aquello que se narra por el placer y el goce de jugar e inscribir la imaginación ficcional. El dibujo se fuga del contexto de la pizarra, de hecho, el perro se va, se escapa del marco, de un momento para el otro, adquiere vida propia y sostiene el personaje expuesto al encuentro con el otro y con los otros, llámese luna, sol, perro, nene, bomba, flecha, escudo. En el entredós de la relación transferencial, creamos el impulso, la fuerza, que violenta el sentido, lo torna plástico y lo transforma, transformándonos en la escena. De este modo, toca al cuerpo en lo intocable, lo conmueve, lo afecta y metamorfosea. Después de estas experiencias escénicas, cada uno es otro al hacer lugar a la originalidad de la plasticidad simbólica, al tejido sensible que se traduce en acontecimiento.

Al jugar pintando en la pizarra con Walter, tengo la intuición de pintar la sensibilización de la experiencia infantil al mismo tiempo que la estamos haciendo. Es una realización que pinta el tiempo y crea un espacio sensible, original en el doble sentido que origina y singulariza una escena. Parafraseando a Walter Benjamín, como un remolino en el río del devenir, desdoblándose para recuperar los bordes que delinean el testimonio del afecto libidinal, el cual se pierde aunque perdura en las huellas figuradas del deseo.

Estamos jugando en la pizarra, la experiencia dramática traza afectos que afectan la sensibilidad de la experiencia hasta hacerlo existir como don de amor para el otro. La red inasible se produce en el espacio del entredós, es una potencia en acto, inexistente antes del acontecer escénico, donde oímos los colores, las líneas hablan, doblan, se curvan, juegan entre ellas, las rayas devienen huellas y ellas invisibles, producen ritmos, juegos de tensiones y configuraciones que alteran el sentido unívoco de la figura para deformarla plásticamente y formar otra.

Tras la experiencia del acontecimiento, nuevas redes simbólicas y neuronales se producen, las huellas, la impronta, cambian su función y funcionamiento. La potencia del pensamiento sensible (no el de las agendas, rituales y calendarios), sino el que cobra existencia en la realidad con otro, vibra sensiblemente y se deja inventar en la pizarra impredecible del encuentro venidero, por donde, entre líneas, palabras, colores y rayas, Walter en el ritmo de su propio deseo se asoma y resuena en un decir verdadero.

Walter modifica la postura encarna el gesto y con todo el cuerpo grita: “Esteban, Esteban... vamos a pintar la luna”...”Sí, sí, dale vamos”...El deseo de jugar nos convoca y nos espera.

Esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net